una sensualidad á veces repugnante en su refinamiento. Apicio se hizo famoso en tiempo de Augusto porque daba de comer sin interrupcion. Petronio, en su *Festin de Trimalcion*, pinta aquel lujo de mesa que era el único arte en que sobresalian los romanos de entonces.

Además de ser infames, fueron tambien crueles semejantes costumbres. Las principales fiestas del pueblo eran aquellas en que se inundaba de sangre el circo. Tito dió en el anfiteatro largos combates, y el mas grande de los emperadores romanos, Trajano, mandó salir á la arena 10,000 gladiadores despues de su segundo triunfo dácico, y durante 103 dias hubo una matanza contínua de hombres ó de fieras. Y cuando se acababan aquellos juegos sangrientos, corrian al teatro á ver los bailes y las pantomimas. La impureza despues de la muerte por diversion, y escuelas de retóricos que se entregaban á vacías declamaciones para los mas austeros, tales eran los espectáculos y la enseñanza que destinaban á la plebe. Felizmente hubo tambien algunos ejemplos de valor, de fidelidad y de heroismo por parte de los hijos, las esposas y los esclavos de los proscriptos, como Epicaris y Arria, y algunas muertes estóicas, como la de Traseas, que patentizaron existia aun en el mundo la dignidad humana [1].

Carácter de la literatura en tiempos del imperio.

El establecimiento de un gobierno monárquico y la formacion de una córte debian ejercer un pernicioso influjo en la literatura, que, con efecto, se separó del pueblo para vivir en el palacio del príncipe y en las casas de los grandes, lejos de las inspiraciones viriles y originales que habia

1. La cortesana Epicaris entró en una conspiracion contra Neron, no confesó nada en el tormento, y amenazada otra vez con la tortura, temiendo ceder, se ahogó estrechando su cinturon á su garganta. Peto, senador romano, fué llevado á Roma acusado de conjuracion contra Claudio, y en el camino su esposa Arria se fué á él, se hirió en el pecho con su puñal, y entregando el arma á su esposo, le dijo: « No hace daño. » Tambien su hija, esposa de Traseas, quiso morir con él, y no renunció á su propósito hasta que la ordenaron que viviese para sus hijos.

encontrado en la multitud; pero ¿habia realmente un pueblo romano?

¿Qué podia ser la literatura con un gobierno hipócrita, con una religion que se avergonzaba de sí misma, con un pueblo envilecido y una sociedad sin ninguna idea generosa? Debia ser lo que fué: ingeniosa, amanerada, y ante todo declamatoria. Todo se dió á la forma: la idea y la pasion faltaban completamente. ¿Qué hicieron Séneca, Lucano, Tácito, Plinio el Jóven en su *Panegírico?* Todos declamaron, uno solo con genio.

Carneades introdujo en Roma el estudio de la retórica siglo y medio antes de nuestra era, y sus sucesores, que fueron los jefes de la nueva Academia, apenas conservaron de la doctrina de Platon mas que lo suficiente para granjearse algun respeto. Sus verdaderas tendencias eran prácticas, su escuela vino á ser un plantel de hombres de Estado, cuyo principal empeño fué el arte de decir y disputar con perfeccion, para apoderarse del arma terrible de la palabra, que en una república revuelta alcanzaba los cargos, la fortuna y la gloria, ó salvaba la vida. Mientras hubo tribuna hubo oradores; pero cuando Augusto *pacificó hasta la elocuencia*, se reemplazó la pasion con la retórica, ó sea el efecto estudiado, y lo que no era mas que un trabajo preparatorio, se convirtió en ejercicio de toda la vida. Así se explica el tono forzado á que subió la literatura del imperio. En tiempo de Augusto fué todavía oratoria, con Tito Livio; en el de Claudio no fué mas que retórica, con Séneca, y en el de Neron fué declamatoria en la *Farsalia*, y fácilmente habria imitado al emperador que en presencia de Roma ardiendo toma su lira y canta la ruina de Troya.

Tan lejos de la vida real no podia la literatura romana existir largo tiempo, y así fué que apenas pasó de los Antoninos. La primera señal de la decadencia apareció en el lenguaje. Decian los griegos que « la lengua de los dioses es como su vida, » y, efectivamente, el bello idioma de Ciceron y de Virgilio degeneró bajo las mismas influencias que rebajaban al genio romano. En la alta sociedad lo mismo que en la córte no se hablaba mas que el griego.

Adriano se helenizó hasta tal punto que pronunciaba el latin de un modo ridículo; Plutarco enseñaba en griego en Roma, y en griego Marco Aurelio escribió sus máximas. Los extranjeros de todas partes que se habian aglomerado en la capital introdujeron expresiones, frases y giros de nueva especie. Desde el tiempo de Augusto, Asinio Polion y Mecenas patrocinaron aquellas importaciones extrañas que desfiguraban el antiguo idioma del Lacio, que, por otra parte, cuando se extendió á todas las provincias occidentales, debió hacer á los hábitos locales grandes concesiones. Perdióse la antigua sencillez, el estilo de la poesía fué el de la prosa, rebuscaron las expresiones inusitadas, singulares, y con todo esto formaron una lengua pomposa, que chocaba mucho con la vulgaridad de las ideas y de los sentimientos que expresaba, cuando no hablaba Tácito.

Comenzó la decadencia despues de lo que se llama el siglo de Augusto, aunque siempre las letras se cultivaron en el palacio de los Césares. Augusto, Germánico, Tiberio, Calígula, Claudio y Neron escribieron en verso y en prosa; pero la tiranía degradaba las musas con sus venales lisonjas, ó las amedrentaba cuando precipitaba de la roca Tarpeya á Saturnino, daba muerte en la cárcel á Paconiano, mataba á Escauro, á Cremucio Cordo y á otros muchos por sus escritos. No quiere esto decir que se hubiese acabado la aficion á las letras; al contrario, buscaban con afan los libros y formaban bibliotecas, que cuando menos ponian á salvo los antiguos tesoros de las literaturas griega y romana, y poco á poco esta inclinacion se extendió á las provincias y propagó los libros por todo el imperio. Habia libreros en Lion y en Autun, y consta que los *Epigramas* de Marcial eran populares en la Galia y en la Bretaña. Habia tambien sociedades literarias. Augusto fundó una academia en el palacio imperial, y Calígula creó la de Lion. A ejemplo de Vespasiano, que señaló á ciertos profesores un sueldo de 100,000 sextercios [1], con exencion de

1. Los músicos y los actores tenian el doble y el cuádruplo; pero en este punto los modernos somos mucho mas espléndidos que los antiguos.

algunas cargas públicas, Trajano, Adriano y los Antoninos establecieron cursos públicos en diversas ciudades, con sueldo de 9,000 dracmas para los profesores. Por último, en todas las ciudades de importancia habia escuelas, que eran otros tantos focos que esparcian las luces en su derredor hasta las provincias mas lejanas, y sin embargo de todo esto, la decadencia aparecia en todas partes.

Lucano, Séneca, Tácito, los dos Plinios.

El español Lucano, sobrino de Séneca y condenado á muerte por Neron á la edad de 29 años, se colocó á cierta distancia de Virgilio con su *Farsalia*, si no por la elegancia de la versificacion y la gracia de los episodios, al menos por el interés de su poema, mucho mas nacional que la *Eneida*, y por la energía de su estilo, no obstante su afectacion y nebulosidades. Val. Flacco (muerto en 88) con sus *Argonautas* no puede rivalizar con la *Farsalia*. El poema de Silio Itálico sobre la segunda guerra púnica no es mas que una historia escrita en verso por un poeta que fué cónsul en tiempo de Neron (67). La *Tebaida* de Estacio, muy posterior (Estacio nació en 61), es ampulosa y oscura. Las circunstancias se prestaban á la sátira. Persio (muerto en 62) se atuvo á la sátira general; Juvenal (muerto en tiempo de Adriano) se desató contra las depravadas costumbres de su época, y Petronio (muerto en 66) pintó orgías sin nombre en su *Satiricon*. Tambien declinó el género satírico. Marcial no escribió mas que epigramas; pero compuso hasta 1,500. La fábula cuenta un nombre, que es el de Fedro, contemporáneo de Tiberio, y otro la tragedia, que es el de Séneca el Trágico.

Mucho mejor se sostiene la literatura en prosa. La *Historia romana* de Veleyo Patérculo, en tiempo de Tiberio, se distingue por su elegancia de estilo: su coetáneo Valerio Máximo es ya mas declamatorio en sus *Hechos memorables*. Séneca, preceptor de Neron y tio de Lucano, dió un gran brillo á la literatura romana. Poseia la espontaneidad de Ciceron, aunque no su pureza de estilo: sus declamaciones y sutilezas desaniman á cada instante al lector de sus tra-

tados filosóficos, que sin embargo, en muchas páginas tiene que abandonarse á los encantos de una moral casi cristiana. No se cree que las diez tragedias que se le atribuyen sean todas suyas: su falta de plan y de accion, su pomposa y hueca palabrería, demuestran la inferioridad de la musa trágica entre los romanos. Quintiliano, español como Séneca, trató de contener en su *Institucion oratoria* la decadencia del gusto literario por medio de buenos preceptos y presentando á la vez un modelo digno de elogios.

Plinio el Anciano (*Historia natural*) es mas célebre por su saber universal que por las gracias de su estilo, y murió (79) por su amor á la ciencia, aproximándose demasiado al Vesubio cuando la famosa erupcion que sepultó á Herculano y Pompeya.

Su sobrino Plinio el Jóven escribió en un estilo de decadencia, aunque muy elegante todavía, el *Panegírico de Trajano* y una multitud de *Cartas* que verosímilmente compuso para la posteridad, lo que las hace poco interesantes. Fué amigo de uno de los principales escritores de la lengua latina, de Cayo Cornelio Tácito, yerno de Agrícola, inmortal pintor de los Césares en sus *Anales* y sus *Historias*, y verídico pintor de los bárbaros en su *Germania*. Entrambos florecieron en tiempo de Trajano.

Pueden añadirse á la lista algunos nombres menos célebres: el agrónomo Columela y el geógrafo Mela en tiempo de Claudio; Quinto Curcio, historiador de Alejandro, bastante inclinado á la fábula, y que se cree fué contemporáneo de Vespasiano; Suetonio, que en tiempo de Adriano escribió una biografía de los doce Césares; Floro coetáneo de Tácito y de Plinio, que dejó un enfático compendio de la historia romana, y Frontino, que en tiempo de Domiciano compuso un tratado de los acueductos y cuatro libros de táctica militar.

Despues de Adriano el vuelo se detiene. Ya la poesía épica está muerta y los diversos géneros líricos decaen sucesivamente: la biografía hace las veces de historia, y ni en la poesía ni en la prosa sobresale un nombre. Hasta la época de Numeriano no se encuentra un poeta de algun

valor, que fué Nemesiano; su coetáneo Calpurnio escribió tambien algunas églogas dignas de elogio. En la prosa aparecen el retórico Fronton (en tiempo de Antonino), que tuvieron la osadía de comparar á Ciceron; Justino, el compendiador de Trogo Pompeyo; los seis compiladores de la *Historia Augusta*, Esparciano, Lampridio, Vulcacio, Capitolino, Polion y Vopisco; los panegiristas Claudio Mamertino (en tiempo de Diocleciano) y Eumenio en la época de Constantino.

Si se descuida la historia, en cambio la novela brilla con Apuleyo, y la jurisprudencia se eleva á grande altura con Papiniano, Paulo, Gayo y Ulpiano, eminentes legistas que con sus trabajos prepararon la gloria de la jurisprudencia romana, la cual fundaba el derecho en estos tres preceptos: vivir honradamente, no perjudicar á nadie y dar á cada cual lo que le pertenece. Citemos tambien á Julio Obsequens (*de Prodigiis*), á Censorino (*de Die natali*), al agrónomo Paladio (siglo III), á los gramáticos Solino (siglos II y III), y Aulo Gello (130), quien nos ha dejado en sus *Noches áticas* preciosas noticias. Finalmente, segun dijimos ya, la literatura abandonó la lengua latina[1].

No tan acentuada como en las letras aparecia la decadencia en las artes propiamente dichas. Nada le debieron á Tiberio, que no elevó monumento alguno. Neron, inclinado á lo imposible, tomaba lo gigantesco por lo gran-

1. El célebre Galeno (del tiempo de Adriano), y el gran geógrafo Tolomeo (del tiempo de los Antoninos), escribian en griego, idioma que usaron tambien los historiadores Josefo (del tiempo de los Flavios), Apiano y Arriano (del tiempo de los Antoninos), Dion Casio y Herodiano (del tiempo de Alejandro Severo), el anticuario Pausanias; Plutarco, cuyas vidas y tratados de moral tanto se han leido; Diógenes Laerces, autor de biografías de filósofos; Ateneo, llamado el Varron griego por su vasta erudicion; Luciano, autor de diálogos satíricos; el fabulista Babrio (todos del siglo II); los sofistas Dion Crisóstomo (del tiempo de los Flavios); Hermógenes y Máximo de Tiro (del tiempo de Marco Aurelio); Filostrato (de la época de los príncipes sirios); Arístides y Favorino (del tiempo de Adriano); Longino (del tiempo de Aureliano); los filósofos Filon (del tiempo de Calígula), Epicteto (del de los Flavios), Marco Aurelio, Sexto Empírico (del siglo II), Plotino y Porfiro (siglo III), y Longo, cuya época nos es desconocida.

dioso, y en todo daba á conocer su mal gusto, lo mismo en su *casa de oro* que en la estátua colosal esculpida por Zenodoro, á semejanza del coloso de Mercurio, que hizo para los arvernos el mismo artista. Vespasiano erigió el arco de Tito y el Coliseo, que su hijo concluyó. En el siglo II arrojó el arte sus postreros destellos: Roma y las grandes ciudades del imperio se embellecieron con muchos monumentos y se adornaron con las estátuas procedentes de Grecia, ó copiadas ó inspiradas por modelos griegos,

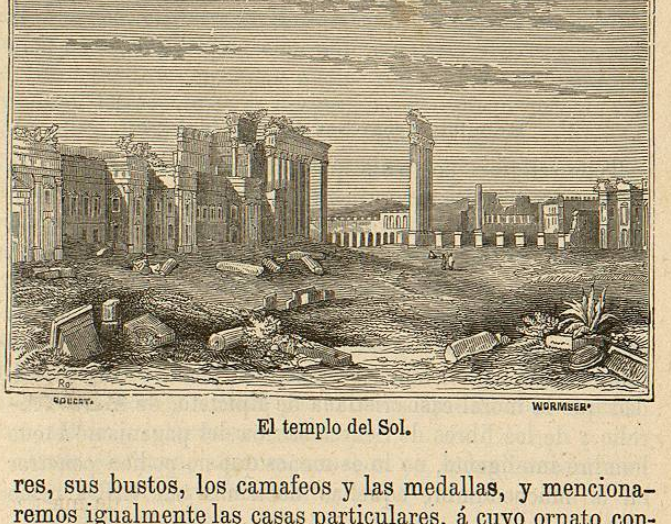
El puente del Gard.

que encontradas despues han renovado el arte de nuestros dias.

Cuéntanse entre los monumentos mas importantes de aquella época las columnas de Trajano y de Antonino; las termas de Tito, en donde se ha descubierto el *Laoconte* [1]; los arcos de Trajano en Ancona y en Benevento; las arenas de Nimes (p. 525) y el templo en la misma ciudad que llaman la Casa Cuadrada (p. 529); los puentes del Danu-

1. El Apolo del Belvedere se encontró en el palacio de Ancio.

bio, del Gard, de Alcántara y de Mérida; el templo de Júpiter Olímpico en Atenas, que fué concluido por Adriano siete siglos despues que Pisistrato puso sus cimientos; el gran palacio del mismo príncipe en Tibur (p. 523), donde quiso reunir cuanto habia admirado en sus viajes, y el templo del Sol en Heliópolis (Balbeck), construido verosímilmente en tiempo de Antonino, y cuyas imponentes ruinas cubren todavía una extension de cuatro á cinco kilómetros. A esto añadiremos las estátuas de Antinoo, las de los emperado-



El templo del Sol.

res, sus bustos, los camafeos y las medallas, y mencionaremos igualmente las casas particulares, á cuyo ornato contribuian todas las artes, pues no habia otra rivalidad entre los grandes que la del lujo, y disipaban sus riquezas en vestiduras de seda y de púrpura, en muebles preciosos, en costosas curiosidades, en construcciones magníficas, gastos bien inútiles en verdad cuando se vivia en el foro y en el campo de Marte ó en una casa rústica.

El cristianismo, la filosofía y hasta las supersticiones orientales combatian á la antigua religion, la cual en su

caida arrastró al arte que á su sombra habia crecido. Escasearon los artistas y acabaron por olvidar los secretos de su arte. Las revueltas subsiguientes, los ataques de los bárbaros y el empobrecimiento general consumaron su ruina. El arco de Galieno, hecho sencillamente de piedra tiburtina, sin mármol ni adornos, demuestra que en el siglo III ni siquiera buscaban ya los materiales preciosos, despues de haberlos empleado con tanta abundancia. Degeneraron, pues, la arquitectura, la estatuaria y la pintura, y únicamente se sostuvieron las piedras grabadas y los mosáicos; pero de aquella decadencia nació un arte nuevo, el bizantino, que puede considerarse como una transicion entre el arte antiguo, que aspiraba á lo bello mediante la forma, y el arte cristiano, que solo empleó la forma para expresar la idea.

Religion: progresos del cristianismo.

Toda religion, por mala que sea, tarda en morir: siglos enteros se necesitan para destruir hasta la raiz lo que han sembrado los siglos. En tiempo de Ciceron ya los augures no podian mirarse sin reirse, y la incredulidad creció de punto en aquellas saturnales de la fuerza que se llamaron los cien últimos años de la república. La protesta de los estóicos contra las degradaciones de la religion oficial no reunió en el siglo I muchos prosélitos, pues si bien es verdad que la moral casi cristiana de Epicteto, de Marco Aurelio y de los libros de Séneca sacaba del paganismo á todo hombre inteligente, no lo es menos que no podian penetrar en la muchedumbre aquellas doctrinas tan viriles como austeras.

De todos modos, nada podia entorpecer ya el hundimiento del antiguo culto. Los oráculos tuvieron que callarse, porque hasta los paganos los llamaban impostores [1] los templos de los dioses estaban desiertos, y Luciano sa-

1. Enomao, filósofo griego, compuso en el siglo II una coleccion de mentiras del oráculo de Delfos, y Eusebio nos ha conservado una parte de su obra.

tirizaba cruel é impunemente todos sus mitos. Aquellos que permanecieron fieles á la antigua creencia la modificaron hasta tal punto, que hubieron de formarse una doctrina en la cual se aceptaban los dioses de todos los cultos y de todos los paises, con menosprecio de la antigua religion oficial. Adriano favoreció el nuevo sistema, que tomó incremento con Alejandro Severo, Galieno y Juliano; pero en vano los neoplatónicos quisieron regenerar por medio de una moral mas severa, y aun introduciendo nuevos dogmas, el desacreditado culto, pues fué impotente su tentativa de querer unir elementos incompatibles, y los pueblos, en la incapacidad de comprender los complicados sistemas de los filósofos, abrazaron la causa de los que se decian en relaciones con el cielo.

Era aquella la época en que el supersticioso Oriente invadia el Occidente y se despertaba el espíritu griego, no límpido y poderoso como en los buenos dias de la grande civilizacion helénica, sino confundido entre elementos extraños é impuros, lleno de misticismo y de alarmas, y ante el cual retrocedió el genio de Roma, que tenia por base la sencillez y la entereza. Los sacerdotes de Persia, de Egipto y de Siria, los astrólogos, los nigrománticos, los agoreros de un porvenir que siempre desconocen, pero que en ciertas ocasiones se apoderan del presente, inundaban las ciudades, y llamando en su derredor á la muchedumbre, aumentaban la supersticion por lo mismo que faltaba entonces una sólida y robusta creencia.

Y sin embargo, algunos, muchos ya, habian encontrado aquella creencia que tanta falta hacia.

Cuatro años antes de la era cristiana [1], y bajo el reinado de Herodes, habia nacido Jesus en Belen. Los judíos, agobiados por la miseria, esperaban la venida del Mesías anunciado por los profetas, y San Juan Bautista anunciaba

1. La diferencia de 4 años proviene de un error de cálculo en que cayó Dionisio, monge del siglo VI, que introdujo el uso de contar los años desde el nacimiento de Jesucristo. Los benedictinos dicen que aquel suceso ocurrió el 25 de diciembre del año 747 de la fundacion de Roma, ó el año 7 antes de la era vulgar.